





1975

● Ignacio Chávez Sánchez

Nació en Zirándaro, Michoacán, actualmente municipio del Estado de Guerrero, el 31 de enero de 1897. Realizó sus estudios de preparatoria en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, de 1808 a 1913, y de esa fecha hasta 1919, en la Facultad de Medicina de esta misma ciudad. En 1920 se recibe como Médico Cirujano en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de México.

En ese mismo año, durante el Gobierno del Presidente Álvaro Obregón, fue nombrado Rector de la Universidad Michoacana. Durante esos años hubo un enfrentamiento entre el Gobernador del Estado, General Francisco J. Mújica y el Presindete Municipal de Pátzcuaro, Melchor Ortega, por lo que el Ejército federal se vio obligado a intervenir, pero al retirarse éste de la entidad, el conflicto continuaría entre los policías de ambas poblaciones.

Daniel Cosío Villegas apuntó en sus Memorias: "Se temió, pues, que Morelia fuera sitiada y de allí los aprestos bélicos por toda la ciudad, y quizás sobre todo en el Colegio de San Nicolás. Allí me encontré al Rector de la Universidad, el que más tarde sería célebre Cardiólogo, Ignacio Chávez, doblegado por el peso de una 45."

Por esos mismos años no solamente dirigió a esta escuela, sino que además, impartió clases en la Facultad de Medicina de la Universidad.

A partir de 1922 comenzó a impartir clases en la Escuela Nacional de Medicina, hasta el momento en que salió rumbo a París, donde, desde 1926 y hasta 1928, realizó la especialidad en cardiología; además, llevó a cabo otros estudios complementarios en clínicas de Berlín, Praga, Viena, Roma y Bruselas.

Al terminar sus estudios, regresó a México, donde fue nombrado Director de la Facultad de Medicina de la entonces ya Universidad Nacional Autónoma de México, cargo que ocupó desde 1933 hasta el año siguiente. Durante su gestión, llevó a cabo una remodelación total del edificio de la Inquisición, así como una reestructuración de la organización interna del plantel, ubicado en el centro de la Ciudad de México, sede en aquellos años de esta escuela.

Su constante preocupación por mejorar los servicios médicos del país lo llevaron a fundar, en 1934, el primer servicio de cardiología en el Hospital General; asimismo, en 1935, fundó y dirigió, por un lado, la Sociedad Mexicana de Cardiología, y por el otro, la Sociedad Internacional de Cardiología.

Al año siguiente de fundar estas organizaciones, fue nombrado Director del Hospital General de México, donde llevó a cabo importantes reformas, tales como la creación de la carrera de Médico de Hospital y de los servicios de microcirugía y atención de alergias, el establecimiento de requisitos de oposición para ingreso y ascenso del personal, así como el remozamiento de los servicios clínicos.

Cabe recordar que en el año de 1932 se recibió como Doctor en Ciencias Biológicas en la Universidad Nacional Autónoma de México, y en 1930 fundó la revista Archivos Latinoamericanos de Cardiología y Hematología, publicación que dirigió durante diez años.

Su preocupación por la difusión del conocimiento médico, lo llevó a publicar en 1935 su libro Lecciones de clínica cardiológica.

Más tarde, en 1944, vio realizada la creación del Instituto Nacional de Cardiología de México, una de sus mayores ambiciones profesionales, y el primero en su género en el mundo entero. Simultáneamente fundó y dirigió hasta 1961 la revista Archivos del Instituto de Cardiología.

No dejó de continuar sus actividades de difusión científica, y es por ello, que en el año de 1945 publicó su libro Enfermedades del corazón cirugía y embarazo; asimismo, en 1946, su obra vinculada con el arte, Diego Rivera. Sus frescos en el Instituto Nacional de Cardiología. Al año siguiente se editó otro libro suyo titulado México en la cultura médica.

Los honores y reconocimientos comenzaron a llegar a su vida y es así que en 1951 recibió la Orden Nacional de la Legión de Honor de la República Francesa.

En 1954 recibió el Premio de Ciencias Manuel Ávila Camacho, así como la Medalla al Mérito Cívico de la Ciudad de México; otro reconocimiento más en ese año fue la condecoración del Generalísimo Morelos del Estado de Michoacán. En 1960, recibió la Medalla de Oro Doctor Eduardo Liceaga, así como también el Premio Nacional de Ciencias.

Ese año fue muy significativo para el Doctor Chávez, ya que fue designado Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde llevó a cabo una importantísima serie de reformas que tuvieron trascendencia internacional, tanto de carácter académico, como administrativo y material. En el cargo de rector duró hasta 1963, cuando fue reelegido para un segundo periodo, cosa que no pudo terminar, debido a presiones estudiantiles. Posteriormente, en 1963, recibe la Medalla de Oro del American College de Atlantic City.

Una muestra de su prestigio internacional fue el hecho de que en 1955 fue nombrado miembro del Comité Consultivo de la Organización Mundial de la Salud, y de 1958 a 1966 fue nombrado también miembro del Comité Consultivo de la Organización de la Salud de la Organización de los Estados Americanos.

Ignacio Chávez Sánchez, fue siempre una persona preocupada por el desarrollo de la medicina relacionada con el corazón, llegando a impulsar al Instituto Nacional de Cardiología a tales niveles, que en la actualidad es una de las mejores instituciones en su género, en el mundo entero.

En 1975 recibió la Medalla de Honor Belisario Domínguez, otorgada por el Senado de la República, y durante la conmemoración del Cincuentenario de la Autonomía Universitaria, junto con Gustavo Baz y Salvador Zubirán, -otros dos galardonados con la Medalla de Honor Belisario Domínguez- participó en la comisión de festejos de tan importante evento para la vida de la institución más importante de educación superior de nuestro país y por la que tanto trató de hacer cuando fue su Rector.

Ignacio Chávez Sánchez falleció en la Ciudad de México el 12 de julio de 1979, y es considerado como uno de los más destacados médicos que ha tenido México. Fue reconocido no solamente en nuestro país, sino fuera de nuestras fronteras, siendo el único mexicano que ha recibido el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Yale; asimismo, fue profesor huésped o invitado en ciento treinta universidades de treinta y tres países de Asia, Europa y América, así como miembro de honor de diecisiete academias y cincuenta y tres sociedades científicas de todo el mundo. Aún después de muerto se le recuerda, y como consecuencia, en 1980, se develó una estatua en el parque que se encuentra frente al Centro Médico Nacional, en la Ciudad de México.

DISCURSO DEL SENADOR ENRIQUE GONZÁLEZ PEDRERO

Ciudadano Luis Echeverría, Presidente de la República; ciudadano Presidente del Senado de la República; ciudadano Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación; distinguidos invitados de honor; ciudadanos Senadores; señoras y señores:

Nos gusta hablar a los mexicanos, con frase hecha que no ayuda a la reflexión, de las instituciones así como de los principios, calificados estos ocasionalmente de sacrosantos, como si unos y otras existieran por sí, antes y por encima de los hombres. Yo me permito disentir. Antes y por encima de las abstracciones ideales o sociales están los creadores de las ideas y de los organismos; están los hombres de carne y hueso que engendran ideas e instituciones de acuerdo con el tiempo y con las circunstancias materiales y espirituales o que las deshacen y las sustituyen, con los mismos criterios.

Cierto que una vez estructurada la tesis o la institución parecen cobrar vida propia. Pero no nos engañemos con el espejismo. Cuando las ideas o las instituciones no están animadas por la vida y por el espíritu de un hombre, o de muchos hombres, hasta el punto de constituir una manifestación dinámica de esa vida y de ese espíritu, empiezan a marchitarse: los conductos por los que antes circulaba la sangre, la creatividad, se vuelven escleróticos y las ideas o las instituciones agonizan y perecen aunque quede todavía, para

las miradas que se complacen en lo superficial y en lo aparente, el cascarón hueco, a veces un ostentoso y desmesurado cascarón hueco.

Hay etapas en la vida de la Nación que, por la intensidad que entonces alcanza la exigencia histórica, requieren de la entrega de los mejores hombres al esfuerzo colectivo. Las etapas más creadoras de nuestra existencia moderna, en las que se manifiesta ejemplarmente este fenómeno, tienen que ver con la integración del ser histórico de nuestro pueblo como Nación -la Revolución de Independencia; con la estructuración institucional de esa integración nacional- la Reforma; y con la renovación y actualización de las instituciones de acuerdo con las exigencias del desarrollo integral del país, de su crecimiento económico y de la justicia y la movilidad sociales -la Revolución Mexicana-.

En cada una de esas etapas han surgido los hombres idóneos para realizar los objetivos de la supervivencia y la integración nacionales, pero la actividad de esos hombres sobre las instituciones que han ido configurando al México de nuestros días y las ideas creadoras que los han impulsado no germinaron con espontaneidad silvestre ni se han desenvuelto en la facilidad de un terreno propicio y sin obstáculos.

Ideas e instituciones han germinado y se han consolidado como el resultado de una apasionada voluntad de construcción en perpetuo duelo con inercias negativas, con conformismos burocráticos y aún con irracionales impulsos que, de llegar a prevalecer, conducirán a la desintegración y al caos.

Alrededor de 1915, entre la generación del Ateneo y la de los Contemporáneos, surge un grupo generacional que suele conocerse por el calificativo que pronto se aplicó a algunos de sus miembros, que se formaban en la disciplina del Derecho: los siete sabios. Pero aquellos jóvenes brillantes eran más de siete y no todos eran abogados. La generación se manifiesta pronto con tres cualidades predominantes: creatividad, poder de síntesis y notable vocación organizadora. Si hacemos un repaso de las instituciones creadas por sus miembros comprobaremos que su influencia en la vida social, económica y política, en la cultura del México contemporáneo, tiene pocos paralelos. A veces sin la espectacularidad de algunos de nuestros héroes pero siempre con la misma eficacia, se trata de una pléyade de verdaderos héroes civiles, de santos laicos. Uno de esos hombres en los que la noción de héroe civil (de civilidad, que es civilización) vuelve a adquirir toda su discreta sobriedad, sin por ello vaciarse de grandeza -estoy pensando, y con sus acordes lo diría mejor, en la música masónica de Mozart- es el ciudadano Ignacio Chávez.

Al observar, más que el vasto curriculum vitae del Doctor Ignacio Chávez, la vida misma que de él se despliega, se me aparece de inmediato un hecho significativo: ante todo y sobre todo, el Doctor Chávez es un hombre organizado; pero es, también, un organizador de hombres. Como hombre organizado ha sido hombre de ciencia y de docencia; como organizador de hombres, creador y recreador de instituciones.

La trama de esa vida eminentemente organizada no sigue, sin embargo, un trazo lineal y simple sino que muestra un entrecruzamiento permanente que va, en zig zag, de la ciencia y la docencia a la creación y la recreación institucional, apoyándose, reforzándose, una con otra, las dos modalidades, las dos inclinaciones de la personalidad. Apenas

graduado, a los veintitrés años, es llamado por ese hombre clave de la Revolución que fue el General Mújica, a la sazón Gobernador de Michoacán, para regir a la Universidad Nicolaita. En sólo dieciséis meses, el joven Ignacio Chávez pudo sacar adelante a la de nuevo incipiente casa de estudios, reorganizando y actualizando planes de estudio y buscando -aquí se afirma ya una de sus características- la elevación de los niveles de investigación y de docencia. Cumplida aquella tarea, renunció al cargo para proseguir su formación profesional. Este ritmo pendular que lo hace transitar permanentemente entre su obra de creación personal y su obra de creación social, que lo proyecta de la ciencia a la conciencia es la calidad definitoria del Doctor Ignacio Chávez y lo que, como médico, lo inclinó seguramente a dedicarse a la cardiología, al estudio y cuidado del órgano que impulsa y garantiza la vida: el corazón.

Recibido en 1920, ejerce la cátedra de clínica propedéutica en Morelia, a la vez que dirige los destinos de la Universidad. En 1921, ya en la Ciudad de México, enseña Patología Médica y en 1924 se anticipa a lo que más tarde sería la más cristalizada de sus creaciones y funda el servicio de cardiología en el Hospital General. En 1933, es designado, por aclamación, Director de la Facultad de Medicina. Y si en Michoacán, en dieciséis meses, había transformado y consolidado a la Universidad, acá, en el escaso lapso de un año y un mes, reacondiciona, después de realizar una colecta nacional para recabar fondos, el abandonado edificio de la Inquisición y lo vuelve Escuela de Medicina con laboratorios, anfiteatro, auditorio, biblioteca, oficinas y aulas y, lo más importante, con un nuevo plan de estudios y una eficiente organización académica. A los trece meses, en marzo de 1934, inconforme con la nueva orientación dada a la Universidad por una rebelión triunfante -como él mismo señala-, presenta su renuncia y vuelve a su carrera médica. Tres años después, en 1937, es designado director del centro hospitalario más importante del país, el Hospital General de México. Crea, entonces, la carrera de Médico de hospital; establece los exámenes de oposición para ingreso y ascenso de personal para evitar, así, la intervención de influencias políticas en un centro donde lo más importante tenía que ser la eficacia en la atención a los enfermos; le anexa los servicios de Neurocirugía y de Alergia. Una vez renovado el Hospital General, renuncia en 1939. Todo, hasta ese momento, ha sido cumplido en y por corto tiempo porque, como él mismo dice refiriéndose a Melchor Ocampo: "siempre prefiere renunciar antes que hacer concesiones que estén en contra de sus ideas." Repasar el orden cronológico de actividades de Ignacio Chávez basta para comprobar la íntima unidad de una vocación personal con una vocación de servicio; la integración de la vida individual, legitimada alrededor de una necesidad de conocimiento auténtica, sólidamente construida, conduce a una necesidad de solidaridad que inscribe a la vida personal dentro de la vida colectiva. Pero la autenticidad es siempre la medida de ese compromiso e Ignacio Chávez, en su incesante actividad privada y pública, ha cuidado de no sacrificarla nunca.

Comparar la salud y la buena organización del cuerpo humano con la salud y la buena organización del cuerpo social es una vieja metáfora a la que todos nos sentimos tentados

a recurrir alguna vez. Si ahora lo hago es para evocar un texto de Maquiavelo que ilustra los parentescos entre la medicina y la política de la manera más transparente:

“Previniéndose a tiempo (la enfermedad) fácilmente se puede remediar pero si se espera uno a que los hechos apremien..., se vuelve incurable y la medicina ya no llega a tiempo. Ocurre con esto lo que los médicos dicen de la tuberculosis, que al principio es fácil de curar y difícil de conocer, mientras que con el correr del tiempo, no habiendo sido al principio conocida ni remediada, es fácil de conocer y difícil de curar.”

Cierto y claro es el texto de Maquiavelo, como lo son, las palabras pronunciadas por el Rector, a modo de advertencia, en 1961:

“Este torrente humano... que se vierte sobre la Universidad lo compromete todo, lo ahoga todo. Si no encontramos la fórmula, mañana serán ochenta mil, serán cien mil. Bien está que como mexicanos no podamos dolernos sino, al contrario, regocijarnos de este aumento en el número de los que alcanzan grado superior de la educación; pero como universitarios, como educadores, no podemos menos que mirar con dura preocupación, casi con espanto, la plétora que nos ahoga y que amenaza transformar la educación individual en una educación de masas, impersonal, tecnificada, antihumana.”

El torrente invadió la Universidad en 1966, tal y como lo había previsto el Doctor Chávez. En 1968 la desbordó y amenazó entonces con invadir al Estado. Ignacio Chávez lo había dicho, no haciendo uso de facultades adivinatorias sino manejando datos reales; la Universidad no es ni puede ser sólo fábrica de técnicos; tiene que ser, esencialmente, fragua de hombres.

“De lo que la Universidad logre en su fragua depende fundamentalmente el futuro de México. Si el país ha de salvarse y prosperar y engrandecerse, ha de ser por las soluciones que aporten sus hombres preparados. Esos hombres, toca sobre todo a la Universidad formarlos, y si nosotros fallamos, es México el que falla... el país no forma a sus intelectuales, a sus minorías selectas, para darse el gusto de contar con un grupo aristocrático en el mundo del pensamiento, sino para disponer hoy de buenos técnicos y mañana de nobles dirigentes.”

De las dotes del Doctor Ignacio Chávez como lucido encauzador de esfuerzos, como responsable rector y orientador de la marcha de una institución confiada a su atención y a su cuidado, tengo, además del conocimiento que es público y que comparto con todos los que siguen con preocupación reflexiva la marcha del país y, por ende, la actuación de los mexicanos que emergen a la vida pública, tengo, repito, la comprobación de mi propia experiencia personal. Aprendí de él, desde la primera entrevista, cuando me invitó a formar parte de la terna para la Dirección de la Escuela de Ciencias Políticas. En la serena, sobria y no muy iluminada quietud de su consultorio me dijo entonces: “Los hombres hablan más que los papeles. Aprenda a conocerlos. Vea a la gente, hable con ella, escúchela. Fórmese su opinión de la impresión directa.” Al evocar mis primeros acuerdos con el Rector Chávez, me doy cuenta de que jamás he preparado tan concienzudamente la relación de temas a tratar como lo hacía para aquellas entrevistas. Acordar con el Rector no era jamás un simple trámite burocrático sino un intercambio de puntos de vista, un diálogo

en el que cada proyecto, cada decisión, debían ser planteados con minuciosa exposición de antecedentes y probables consecuencias. El Rector inquiría, buscaba la raíz de los problemas, iba al fondo mismo de las cosas, razonaba y esperaba lo mismo del interlocutor. Las reuniones del Colegio de Directores, en las que se examinaban dos veces cada mes los problemas de cada plantel y luego los problemas comunes, eran un modelo de participación y de comunicación. Metódicamente, el Rector mantenía a todos enterados de todo, de lo particular y de lo general y así, en la administración global, cada parcela tenía la importancia y la atención que requería siendo, a la vez, conscientemente partícipe de un sistema plural y diverso: la Universidad.

La cohesión que Ignacio Chávez ha sabido imprimir a las instituciones que ha creado y a las que ha regido viene, sin duda, de su propia cohesión personal y no está desligada, de ninguna manera, de la excelencia de su labor como investigador de la medicina ni de su aspiración a concebirla, no como una técnica que cualquiera puede manejar sino como un profundo ejercicio de humanismo. Lo que ese humanismo significa para él está dicho en una espléndida conferencia, sustentada en 1958 ante el Tercer Congreso Mundial de Cardiología en Bruselas:

“Humanismo quiere decir cultura, comprensión del hombre en sus aspiraciones y miserias; valoración de lo que es bueno, lo que es bello y lo que es justo en la vida; fijación de las normas que rigen nuestro mundo interior; afán de superación que nos lleva, como en la frase del filósofo, a ‘igualar con la vida el pensamiento.’”

Igualar con la vida el pensamiento parece haber sido una constante de la rica trayectoria humanista de Ignacio Chávez. El hombre, es naturaleza consciente, que a través del trabajo se descubre y se crea como tal. Y es precisamente en el trabajo libre, que el hombre realiza, no ya exclusivamente para satisfacer las necesidades que le impone la sobrevivencia, sino para satisfacer las necesidades del espíritu. Donde la condición humana trasciende y prevalece. El trabajo científico participa de esa libertad, que es propia de todo acto creador y el que se entrega a la exploración de los misterios de la naturaleza y de la condición humana, lo hace estimulado por un afán muy parecido al del creador, que integra su visión del mundo en obras de arte. La ciencia, en sus más altas manifestaciones, en poesía y la emoción que nos producen sus descubrimientos tiene mucho en común con la emoción estética. La obra escrita del Doctor Chávez es tan amplia que, entre monografías y artículos, rebasa los trescientos títulos y, aunque en su gran mayoría tiene que ver con el funcionamiento de este músculo magistral que rige la fuerza vital del hombre, incursiona también en los terrenos de la educación, de la ética, de la filosofía y aun del arte. Porque el Doctor Chávez no es sólo un gran especialista, y un Médico excepcional: es un hombre culto, en el más profundo sentido de la palabra, un hombre imbuido por esa actitud del ser que es la cultura, cuando no se limita únicamente a la acumulación de saber. Hombre de ciencia y cultura, hombre de espíritu que clama contra la desarticulación, la fragmentación que invade a una medicina cada vez más especializada: “El médico, dice, no es un mecánico que debe arreglar un organismo enfermo como se arregla una máquina descompuesta. Es un hombre que se asoma sobre otro hombre, en un afán de ayuda...”

Maestro es Ignacio Chávez por todos los conocimientos concretos, por todas las técnicas que ha transmitido; pero lo es, sobre todo, por esa enseñanza que ha intentado comunicar a los que se han formado cerca de él: la verdad del que, por saber mucho, sabe que ese saber es infinitamente pequeño ante la inmensidad de lo que la ciencia ignora todavía.

El Instituto Nacional de Cardiología surgió en 1944 y al fundarse era el primero de su especie en el mundo. Pero no había surgido de la nada: Ignacio Chávez se había pasado diecisiete años de su vida preparando a los cuadros médicos y técnicos, que habrían de integrar la institución modelo como centro de asistencia médica, como instituto de investigación y como escuela de estudios superiores. Quinientos cardiólogos ha preparado el Instituto para México y otros tantos para América Latina, Francia, España, Italia, Bélgica y Polonia. Las investigaciones de electrocardiografía deductiva y de angiocardiógrafía selectiva nacieron allí y ahora se aplican en todo el mundo. La asistencia médica que se imparte en el hospital de la institución señala pautas a seguir, por su eficacia y por el trato humanizado que se ofrece a los enfermos.

Organizar es articular un sistema, de modo que alcance el máximo de eficacia en la realización de sus fines. Cuando el Maestro Chávez asumió la Rectoría de la Universidad Nacional, tenía una noción muy clara de los fines que a la Universidad toca cumplir: preparar hombres capacitados para enfrentarse, con sólida estructura moral e idéntica competencia técnica, a los graves problemas de México. Lograr que el organismo universitario funcionara con tal excelencia, que esos fines se cumplieran ejemplarmente, fue su objetivo ininterrumpido. Elevar los niveles académicos e infundir a la comunidad universitaria un sentido consciente de la disciplina y una noción responsable de la libertad, eran los caminos idóneos e Ignacio Chávez los emprendió con la tenacidad que le es característica. La implantación del examen de selección, la reforma del bachillerato, la intensificación del trabajo escolar, extendiéndolo a 200 días al año, la capacitación pedagógica de profesores en ejercicio y el establecimiento de un amplio programa de becas para capacitar en el extranjero a los nuevos profesores, fueron algunas de las medidas que, durante la administración del Doctor Chávez, acrecentaron notablemente el prestigio de nuestra Universidad. En el Congreso Mundial de Universidades celebrado en Tokio, en 1965, muchas de esas medidas fueron recomendadas para su uso universal y, simbólicamente, el rector mexicano fue elegido Presidente de la Unión de Universidades de América Latina.

La vida y la obra de Ignacio Chávez señalan, con impresionante claridad, la importancia fundamental que en un país como el nuestro tiene la educación. Los problemas del desarrollo, con sus diversos aspectos económicos y sociales, sólo podrán resolverse en la medida en que se formen los cuadros capaces de enfrentarlos. La distancia que separa a los países subdesarrollados de los países con un alto nivel de desarrollo es impresionante, sobre todo por lo que se refiere a la tecnología y a la ciencia. Mientras unos están todavía en la fase de arrancar los productos que la tierra ofrece, en el suelo y en el subsuelo, los otros exploran el universo. La educación superior es decisiva en la batalla por el desarrollo: de ella depende la formación de cuadros capaces de reflexionar sobre México y de encontrar los caminos viables para el futuro. La educación cualitativa se ve amenazada por

las exigencias insoslayables de la educación cuantitativa; hay que conciliar la necesidad de educar a muchos con la urgencia de mantener sin concesiones los más altos niveles en la educación. Educar es una función clave, que no consiste en enseñar recetas sino en enseñar a pensar. Las técnicas evolucionan y lo fundamental es saber plantearse los problemas reales cuándo y dónde esos problemas surjan. Hace falta formar mexicanos con ideas claras. Hay que enseñar métodos: Hay que enseñar a buscar los caminos, que es la única manera de aprender a encontrarlos.

Casi diez años después de aquel abril de 1966 cuando el Rector Chávez tuvo que dar por terminada su actuación en nuestra más alta casa de estudios sigue siendo lamentable que se haya detenido así, de cuajo, una experiencia poco común de nuestra educación superior, y que se haya dado el pobre espectáculo de la vejación de uno de los hombres más inteligente y respetables del país por una avalancha tumultuosa e irreflexiva. Ahora, cuando Ignacio Chávez vuelve a ese Instituto de Cardiología, que es su gran obra; hoy que el universitario Luis Echeverría va a entregar al universitario Ignacio Chávez una medalla que lleva el nombre de otro mexicano que supo ser fiel a sus convicciones, algo se reconforta en nosotros. La presencia del Presidente de la República en el ámbito de este Senado es una demostración más del espíritu que Luis Echeverría ha manifestado siempre y esa presencia suscribe y respalda lo que es del consenso general: que hombres como Ignacio Chávez son la esencia de lo mejor de México.

Una esencia que está, también, en los grandes contingentes de jóvenes, en la fuerza que esa juventud trae consigo, fuerza que la educación tiene que encauzar para construir, racional y provechosamente, el destino de este país. Haber dedicado su vida a esa misión es lo que premia, con la Medalla Belisario Domínguez, el Senado de México, al otorgarla al ciudadano Ignacio Chávez, mexicano universal, contemporáneo de los mejores hombres de su tiempo.

DISCURSO DEL DR. IGNACIO CHÁVEZ SÁNCHEZ

Con su venia, Señor Presidente del Senado de la República; Señor Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos; Señor Presidente de la Suprema Corte de Justicia; Señor Presidente de la Gran Comisión de la Cámara de Diputados; señores Senadores; señoras y señores:

Este ambiente solemne en que se rememora el sacrificio del más grande mártir de la libertad de nuestra historia, que se entregó voluntariamente en holocausto; este honor que me otorga el Senado de la República al concederme la preciada Medalla Belisario Domínguez ligando así mi nombre al mundo moral del héroe; esta presencia, por primera vez registrada, del C. Presidente de la República, que se ha dignado imponerme la presea; todo eso me honra en igual grado que me abruma y hace doblar mi reconocimiento, que no encuentra palabras fieles para expresarse. Que me baste con inclinarme ante la generosa decisión del Senado y ante la participación con que me distingue el Primer Magistrado de la República.

A la emoción de esta hora se agrega la que despiertan las palabras del Senador Enrique González Pedrero, que al trazar con elocuencia mi perfil como hombre y describir la ruta de mi vida pública, ha tenido apreciaciones elogiosas y ha puesto calor de simpatía, lo que me obliga profundamente. En sus palabras advierto, como un eco lejano, el recuerdo de los años vividos juntos en un terco empeño de elevar la vida de nuestra Universidad.

Los juicios elogiosos sobre la obra que me ha tocado realizar deben recaer, en justicia, sobre los colaboradores que me ayudaron a realizarla.

Sin ellos no habría habido lo que aquí se premia. Una obra del ímpetu soberbio y de la trascendencia insospechada en el campo de la medicina nacional, como la realizada por el Instituto Nacional de Cardiología en sus treinta y un años de vida y un espíritu de renovación y de reforma como el que sopló sobre la Universidad Nacional en el quinquenio 1961-1966, no se conciben como logros de un hombre solo. Detrás de ellos está siempre un grupo solidario, un haz apretado de voluntades en esfuerzo común, una mística colectiva que realiza el milagro de las transformaciones. A ellos, pues, a quienes fueron mis discípulos y mis colaboradores, a quienes soñaron y lucharon y sufrieron conmigo en la hora del esfuerzo heroico, cuando no del sacrificio, a ellos va mi pensamiento agradecido, en un gesto de compartir con ellos el honor de esta presea.

Por lo que a mí toca, hoy que llego al crepúsculo de la vida, repaso sin melancolía el largo camino de mis cincuenta y cinco años de Médico y advierto que nada pudo ofrecerme de mejor la vida que permitirme ser Médico y a la vez educador. Dos vocaciones gemelas para servir al hombre y que fueron la una complemento de la otra. Nunca supe en mi trabajo profesional cuál era la frontera entre ambas, ni supe al dirigir instituciones educativas dónde surgía el Médico en busca del diagnóstico para implantar el remedio.

Por fortuna, las ideas que en mí se volvieron convicción desde la juventud tenían una misma forma de expresión cualquiera que fuese mi campo de trabajo. Si era el del médico, contribuyendo a humanizar la medicina, sobre todo la medicina en nuestros hospitales, tal como reza el emblema del Instituto de Cardiología: *Amor scientia que inserviant cordi*, o sea, poniendo en el servicio no sólo ciencia sino también amor; y cuando era el campo del maestro, inculcando a los alumnos la obligación primera: amar al hombre, servir al hombre; no al hombre como abstracción sino al de carne y hueso, que trabaja y que sufre, que sueña y que espera, el hombre de todas las razas y de todas las latitudes.

Una convicción más, hondamente arraigada, me trazó como una flecha, el largo camino. Hablo de mi obligación moral, particularmente de prepararse bien y de luchar y sufrir hasta la agonía por mejorar el mundo que nos toca vivir; de entregarlo el día de la partida, en el área pequeña de nuestra influencia, mejor de como lo recibimos: un mundo más noble y más justo. Para ello, la obligación de acrecentar siempre el conocimiento, que nos hace más fuertes, y de pulir la cultura, que nos hace mejores. Después poner todo eso, saber, ciencia y cultura, al servicio de la obligación fundamental.

Al amparo de algunas ideas como esa, reciamente enraizadas, que yo no sabría definir si eran convicciones, hijas de la razón, o si ideales, frutos del sentimiento y de la fe en el hombre, pude recorrer mi camino y realizar mi misión, al máximo de mi humana capa-

cidad. Llegó así al día de hoy y en el crepúsculo tranquilo miro con sorpresa que la obra realizada recibe esta recompensa con que se me honra.

Pero al llegar a ese crepúsculo, más que volver con complacencia los ojos al pasado, siento la viva inquietud, el deseo casi angustioso de asomarme al mañana, de saber si el camino recorrido es el que conduce a la meta presentida; de saber si no fueron vanos los esfuerzos pasados, porque el tiempo, al correr, suele cambiarlo todo y lo deseable hoy, puede mañana ser cosa despreciable.

¿Pero cómo saberlo? ¿Quién puede decirnos el rumbo que tomará el mundo en esta era que se inicia, era de formidables transformaciones? ¿En el cuadrante del tiempo, la aguja del destino girará para bien o para mal? ¿En lacra nueva los hombres serán más libres y más felices o irán cayendo, hoy unos y mañana otros, en la gris opresión reglamentada o en la vulgar tiranía de los caudillos?

Hay signos alentadores, es cierto, que justifican el optimismo. El colonialismo que ha entrado en agonía; los pueblos débiles, hasta hoy oprimidos, que alzan la cabeza y reclaman su dignidad en el mundo; los avances científicos que aseguran mejor vida y salud al hombre; la educación que alcanza grupos infinitamente más numerosos; la justicia social que se abre paso, aunque penosamente, en medio de la jungla de los intereses privados; todo eso es verdad y es signo promisorio de nuestro tiempo.

Pero frente a eso, ¿Quién no oye a lo lejos la galopada de los Jinetes del Apocalipsis? ¿Quién no advierte los signos ominosos, la amenaza suspendida sobre la humanidad? Las naciones que mientras hablan de paz se preparan febrilmente para la guerra de exterminio y aún hacen de la venta de armas su negocio favorito; la desnutrición de hoy que puede mañana llegar al hambre de la mitad de la especie humana, si no se detiene el alud demográfico; las nuevas generaciones que se rebelan frente al mundo de injusticia y corrupción que heredan y que no encuentran en su cólera más salida que la violencia; la trampa que las aguarda, si logran la destrucción ciega, de caer en la tiranía totalitaria de un signo o de otro, que arrasaría sus ansias de libertad. Todo eso es en el futuro eventual; y por encima de eso, ya en el presente, el avance arrollador de la técnica, que va esclavizando al hombre y amenaza con devastar sus valores espirituales.

Esos y otros peligros más parecen excluir todo optimismo, y sin embargo, es falsa esa postura. Todos esos peligros son conjurables, al alcance del hombre. Sólo hay un grave obstáculo y es el hombre mismo, al que le vemos soltar cada vez más, igual que un lastre, esos valores, como si fuese presa de enajenación. Los valores de ayer provocan hoy sonrisas despectivas. ¿Quién puede hablar, sin exponerse a burla, de ideales que inspiran una vida y que fijan al hombre una misión? Hoy se llaman metas y las inspira el pragmatismo, hoy se han vuelto apetitos. La conquista del poder o de la riqueza son las metas más altas de nuestro tiempo y detrás de ellas está, casi siempre, el ansia del disfrute. El goce antes que la sabiduría, el espíritu de lucro en vez del espíritu de servicio, tal es en todo el mundo la fiebre de nuestro tiempo. El cetro y el becerro de oro, como los más altos símbolos.

Pero la humanidad no se suicida. Todo eso pasará y la aguja del destino apuntará a otro rumbo. Cierto, se requiere tiempo y sólo hay un camino. Como ya no somos primates,

afirmé alguna vez, el cambio no vendrá por obra de la evolución sino de la educación. Y no será producto de unos cuantos años, requerirá el paso de varias generaciones. Pero vendrá.

Fiado en esta convicción y regresó del mirador del mundo para pisar de nuevo tierra mexicana, más de una vez he soñado con el panorama de la educación nacional en el futuro cercano. Sin ser un Tomás Moro, me he forjado una utopía, modesta, seguramente, como adaptada a nuestras posibilidades, pero utopía al fin, ¿Por qué no? Siempre he pensado que los grandes sueños se realizan igual que los pequeños.

Al soñarla he visto como una grande, una inmensa pirámide cuya base cubre todo el territorio nacional, y en ella caben todos los adultos y los niños que reciben educación primaria y después, en la medida de lo dable, la educación secundaria o técnica que les permita salir armados a la vida del trabajo. Ni un analfabeto en el país ni uno tampoco que, después de enseñado, vuelva al analfabetismo por no tener en sus manos nada que leer ni nada que le mantenga el interés de avanzar, nada que le lleve el rumor de lo que pasa en el mundo y le haga sentirse solidario de sus hermanos hombres, los de su país y los de fuera.

Para evitar ese fracaso, junto a la legión de los que enseñan en las escuelas, veo el aparato creado por el Estado que se encarga de mantener y de avivar lo ya logrado, ó sea, sin volver a la escuela, la educación continua que capacite a todo mexicano para subir a lo largo de su vida en la escala social, si sabe poner en ello su esfuerzo. Nadie quedaría condenado por razón de su trabajo humilde a seguir viviendo de la pobre, casi olvidada educación primaria que recibió de niño, impotente para mejorarla.

Siguen en mi visión, superponiéndose en la pirámide, los estratos de la educación media, y en los que siguen hasta llegar al vértice, los de la educación superior de todo tipo, la universitaria y la técnica, la de ciencias y la de humanidades, la que educa y la que investiga, la de los últimos niveles que van de licenciatura a doctorado.

Diversos niveles en la pirámide, sí; pero no inconexos. No puedo concebirlos como ciclos independientes, en donde la formación dada por uno no termine racionalmente donde debe empezar el otro, sin fosos de carencia que los separe ni tampoco innecesarias repeticiones. El proceso de la educación es uno y el estudiante que lo recorre también es uno, ayer niño y después joven o adulto. Concibo la pirámide como un todo integral, fruto no de la simple yuxtaposición sino de una planificación colectiva que le dé carácter unitario y donde el ascenso en la formación sea suave y progresivo, no de saltos periódicos.

Mi visión se detiene en el ciclo superior, el universitario, por ser el que he recorrido, subiéndolo todos sus peldaños. Veo la Universidad de mañana no como una fábrica de profesionales y de técnicos para sostener la maquinaria que fabrica riqueza, no para dar forzosos a la sociedad de consumo. La concibo como un gran laboratorio de hombres, con toda la dignidad del término; capacitados, sí, para el trabajo técnico, pero también para el cultivo del espíritu, imbuidos del respeto a la verdad y a la justicia, noblemente dispuestos a brindar ayuda, hombres en quienes la formación intelectual se equipara con la sólida vertebración moral y la conciencia clara de sus deberes sociales.

Veo que en ese laboratorio-escuela que es la Universidad, las técnicas de la enseñanza pueden y deben cambiar y mejorarse al paso de los años; pero no las finalidades esenciales, no los objetivos superiores, que son permanentes. La concibo inspirada en el propósito de equilibrar en la juventud la formación científica con la humanística, convencida de que no hay peor mutilación del alma en un intelectual que la carencia de cultura; que poco importa que en su ramo pueda ser un sabio si en la vida actúa como un bárbaro, ayuno de los valores que deben regir su conducta y que le permitan distinguir lo que es bueno y lo que es justo.

La veo huir de la superficialidad en los estudios y del pragmatismo como filosofía de la enseñanza; si así fuese, el estudiante aprendería técnicas, pero ignoraría la doctrina científica en que se fundan. Eso degradaría cualquier profesión convirtiéndola en oficio. Sería el navegante de que hablaba Leonardo da Vinci, sin timón y sin brújula, que navega pero no sabe a dónde va. Riesgo social enorme, porque nada es más peligroso que un profesional ignorante, igual que nada es más dañino que un intelectual carente de sentido ético.

Veo la Universidad futura inspirada en la convicción de que más que la masa de conocimientos que adquiera el alumno, lo que importa es despertar en él interés por adquirirlos y después el interés por renovarlos. Que él sea no el receptáculo del saber vertido en la cátedra, sino el elemento activo, el artífice que participa en su propia formación. Una preparación así lo capacita para proseguir y mejorarse a lo largo de su vida.

La veo lograr estas metas elevadas imponiéndose normas, que son limitaciones que no puede violar, so pena de pagarlo mañana con un fracaso. No recibir más alumnos de los que pueda razonablemente educar, es una de ellas, la primera en urgencia. La plétora forzada sólo conduce a la asfixia y a la frustración. La Universidad no puede hacer milagros y si aumentara el número de inscripciones al doble o al triple de sus posibilidades, desembocaría fatalmente en el abatimiento de la calidad de su enseñanza.

Triste forma de abdicar de su misión y triste engaño a la juventud.

Por ello la veo, como es natural, seguir otros caminos, como éste que felizmente se está ya recorriendo. Hablo de multiplicar sus centros escolares y robustecer las universidades de los estados, que merecen apoyo similar; pero siempre de acuerdo con las demandas justificadas de ingreso y en consonancia con las necesidades del país. Sería una dolorosa equivocación cerrar las puertas a quienes tengan capacidad probada para traspasarlas, igual que lo sería lanzar oleadas de graduados que no encontrarán mañana acomodo social donde realizarse y fuesen a parar al proletariado profesional. Crecer, sí; crecer las universidades en la medida en que crezca el país y sus urgencias de científicos y técnicos; pero no crecer para albergar juventudes desorientadas, llamadas al fracaso escolar o, peor aún, al fracaso ulterior en la vida. Para ellos, para los no preparados que no tengan cabida en las universidades, el camino sería abrir escuelas técnicas diversificadas y en consonancia con las regiones del país y sus demandas. La oleada demográfica, con la exigencia natural que impone, con su presión ineludible, amenazante, en vez de abatirse sobre la Universidad y de asfixiarla, se distribuiría en centros numerosos y a niveles

diferentes. Todo aspirante encontraría así su salida de acuerdo con su vocación y con sus aptitudes.

Al crecer y multiplicar sus centros, veo mi Universidad de mañana preocupada, antes que de levantar muros, en preparar a los hombres que allí vayan a enseñar. Los muros se levantan rápido, los equipos se adquieren pronto, pero los profesores reclaman años de recia formación. Nadie confiaría un avión a un hombre sin capacidad probada de piloto. El profesor improvisado e inepto no es menos peligroso para confiarle la formación de la juventud, la improvisación conduce fácilmente a la simulación y puede desembocar en fraude a las generaciones jóvenes.

En el profesorado de esa Universidad de mi utopía miro un grupo selecto de hombres preparados, sabios muchos de ellos, que al mismo tiempo que prodigan su saber son mentores que aman su tarea y la elevan a la misión más alta que pueda tener un hombre, la de plasmar la juventud que deba crear el mundo nuevo que anhelamos. Profesores que sean maestros, guía y ejemplo para los jóvenes que educan.

Veo también al estudiante de mañana consciente del privilegio que significa alcanzar los grados superiores de la educación en un país donde apenas lo logra el 1% de la población. Consciente, por lo tanto, de la deuda moral que tiene con su pueblo, que si paga su educación es para tener más tarde conductores ilustrados que lo guíen y técnicos calificados que lo ayuden a mejorar. Consciente, entonces, de que su obligación primera es estudiar y aprender y prepararse para rendir mañana el servicio calificado que de él se espera.

Veó que esa Universidad no sólo se permite sino que se incita a los alumnos a asomarse con interés al mundo que los rodea y a interesarse por la política, ya que eso forma parte de su formación de hombres. Interesarse, sí; pero no para suplantar el estudio con la actividad política, que debe ser el complemento, si se quiere, del proceso educativo, no la actividad dominante en la vida escolar. La palabra aprender, enseñó Lenin, es la palabra clave de los deberes del estudiante. Y Mao Tse Tung reclamó a los alumnos: "Su fervor revolucionario no nos compensa de su incompetencia técnica." Estudiar y aprender y prepararse para contribuir después a los cambios sociales que mejoren el mundo, eso es lo que reclaman los educadores. Además, crecer y formarse en un ambiente de libertad y tolerancia para todas las ideas, con tal de que sean sinceras y honradas, y admitir todas las corrientes ideológicas siempre que no degeneren en fanatismos agresivos.

He aquí, en gruesos trazos, el perfil de la Universidad que presiento para el futuro próximo. Utopía, utopía, podrá decirse. Y sin embargo, nada hay más hacedero.

Llegado aquí, advierto un error que he cometido y por el cual pido perdón. Creyendo hablar de la Universidad futura con que sueño, veo que tracé el perfil de la Universidad que apenas ayer me esforcé por conseguir. El mismo trazo de su imagen, el mismo contenido y aun he empleado a menudo las mismas palabras que entonces pronuncié para realizarla. Mas si esto fue un error de mi parte, es en cambio una prueba de que no es utopía irrealizable, puesto que tuvo vida, así fuese fugaz y en algunos aspectos apenas esbozada. Si un viento áspero de no sé qué desierto sopló entonces y apago la antorcha, el tiempo es ancho para reencenderla. El futuro de México está íntimamente ligado a eso.

Señor Presidente del Senado; Señor Presidente de la República:

En el recinto de este Senado tuvo lugar hace sesenta y dos años el hecho memorable y ejemplar que se conmemora. Ese día, la verdad de México cobró voz en los labios del héroe civil que fue Belisario Domínguez. Fuera del recinto, la voz se hizo grito y el grito cobró estruendo de tempestad en defensa de nuestras libertades.

Nadie puede hablar aquí que no sea diciendo su verdad. Y yo quiero, para ser digno de la presea que recibo, decir la mía, no por pobre menos verdad, honrada y leal. Quisiera además hacerla grito para reclamar el esfuerzo heroico de todos en lograr la educación superior que el país necesita; para ayudar a la Universidad a vencer los obstáculos que le legó el pasado y que el presente tumultuoso, anarquizante a veces, le levanta.

Obtener de este gobierno y de los que lo sucedan todo el apoyo moral, económico y político, para que la educación alcance sus metas superiores. Sacudir la conciencia pública para que venga en ayuda. Va en ello el futuro de nuestros hijos, el futuro del país. Pobres de los pueblos, dije alguna vez como admonición, pobres de los pueblos que nieguen su apoyo a las tareas de la cultura superior, al desarrollo de su ciencia y de su tecnología, porque de ellos será la cadena perpetua del coloniaje.

Por fortuna México ha llegado al momento, por el desarrollo de sus instituciones y el valor de sus hombres, de poder imaginar en grande en el campo científico, de planear en grande y de realizar en grande. No queda sino ponernos todos a la tarea, unos al trabajo esforzado, al esfuerzo heroico, los otros al apoyo generoso y comprensivo. Para México será la gran cosecha.

Junto a esta obra de educación superior y dentro del mismo marco de las instituciones científicas, el Instituto Nacional de Cardiología, al que se honra hoy en la persona del mas antiguo de sus miembros, se apresta gozosamente a iniciar la segunda etapa de su vida. Confiamos en que el C. Presidente de la República, que puso la primera piedra de los nuevos edificios, nos honrará descubriendo la placa de inauguración el año próximo. El Instituto proseguirá su marcha, robustecido, modernizado, atento a los mandatos que han galvanizado su vida: El que ordena a los médicos "estudia cuanto puedas, enseña cuanto sepas; no olvides que el que guarda avaramente su ciencia corre el riesgo de que se le pudran juntamente la ciencia y el alma"; y el que ordena a los investigadores "debemos crear nosotros mismos; hacer ciencia nosotros mismos; no pasarnos la vida repitiendo las verdades y los errores que nos legaron otros. Mientras no hagamos eso, seremos los eternos ignorados en el mundo científico y los eternos incapaces para resolver nuestros problemas."

Ahora, más que nunca, estimulado con el reconocimiento de su obra, puedo comprometer ante la Nación que el Instituto sabrá seguir en las avanzadas de la medicina nacional y de la internacional, en ascenso permanente de su obra. Su reconocimiento se suma al mío, rendidamente.